

# Las lenguas del mundo

Jesús Tusón



Lectulandia

Lectora, lector, este libro le interesará si usted quiere saber: En qué se asemejan las lenguas del mundo. Qué estudia la geolingüística. Cómo se agrupan las lenguas. Cómo se encuentran los universales lingüísticos. Cómo surgen las lenguas artificiales (el esperanto, por ejemplo) y las lenguas francas (los *pidgins* y los criollos). Qué nos dicen las lenguas sobre el sistema humano de comunicación. Qué perdemos cuando un idioma desaparece. Cómo podemos evitar la posible extinción de miles de lenguas.

**Lectulandia**

Jesús Tuson

# **Las lenguas del mundo**

ePub r1.0

Titivillus 14.05.2019

Título original: *Las lenguas del mundo*  
Jesús Tuson, 2016  
Diseño de cubierta: Natàlia Serrano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice

SEIS MIL LENGUAS QUE CONSERVAR

Capítulo I. LOS RETOS DE LA CLASIFICACIÓN

Capítulo II. LA CREACIÓN DE LENGUAS

Capítulo III. UNA UNIDAD PROFUNDA

Capítulo IV. EL FUTURO

Bibliografía

## SEIS MIL LENGUAS QUE CONSERVAR

La facultad humana del lenguaje, propiedad única y distintiva de nuestra especie, ni se manifiesta en abstracto, ni se corresponde con una lengua única. Ni siquiera existe una lengua particular y privilegiada que represente de manera fiel las características esenciales de la facultad lingüística. Más bien al contrario, cada una de las lenguas del mundo, sin prioridad alguna, ha de ser entendida como una de las realizaciones posibles, o de las concreciones, de la predisposición general de los humanos hacia el lenguaje.

La multiplicidad de las lenguas del mundo, en torno a las seis mil, es un caso relativamente paralelo al de la variedad y la diversidad de las especies de los mundos vegetal y animal, dignas de ser conservadas y potenciadas. Además, es muy frecuente que cada lengua se encuentre asociada a una cultura: una cultura que deja sus huellas en el léxico de la lengua. Desde esta perspectiva, la defensa de la diversidad lingüística es indisociable de la reivindicación de la dignidad de los grupos humanos, porque todos comparten, bajo formas diferentes, las mismas propiedades del lenguaje.

El panorama lingüístico del mundo ha sido objeto de estudio y de clasificación durante los dos últimos siglos. Las lenguas pueden ser agrupadas básicamente a partir de dos criterios: el criterio genético, que establece familias de lenguas (gracias al estudio de los parecidos y las diferencias), y el criterio tipológico, que investiga las características internas de las lenguas en un ejercicio de comparación estructural.

De este segundo método deriva de forma natural la investigación sobre los universales lingüísticos o las propiedades comunes a todas las lenguas, que, hipotéticamente, deberán ser asignadas a la facultad común del lenguaje: si las seis mil lenguas del mundo tienen verbos, por ejemplo, se ha de deducir en consecuencia que la posibilidad de hacer referencia a las acciones es un universal lingüístico y, por lo tanto, propiedad de la condición humana.

La variedad lingüística del mundo incluye, entre otros, dos casos especiales. Por un lado, el problema de las lenguas artificiales creadas idealmente para superar la maldición mítica de la torre de Babel. Por otro

lado, la creación de lenguas mixtas en determinadas situaciones de contacto lingüístico.

# Capítulo I

## LOS RETOS DE LA CLASIFICACIÓN

### 1. Principios de geolingüística

La geolingüística es la disciplina científica que estudia las lenguas del mundo desde el punto de vista de su situación en el espacio; es decir, de su adscripción territorial. Por ejemplo, mucha gente cree que la lengua de Francia es el francés y la de Italia es el italiano. Pero, comparativamente, son pocos quienes saben que en Francia hay territorios en los que se habla catalán, vasco, bretón o alsaciano, y menos aún quienes tienen conocimiento de que en Italia hay hablantes de lenguas como por ejemplo el sardo, el catalán, el friulano, el alemán, el griego y otros.

Una de las fuentes de información fundamentales de la geolingüística son los censos de población, que, promovidos por la Administración, incluyen a menudo preguntas sobre las condiciones lingüísticas de los ciudadanos, referidas sobre todo a la primera lengua. Por ejemplo, un censo hecho en Australia en 1986 dio como resultado el panorama lingüístico siguiente:

Lengua	Número de hablantes
Inglés	14.000.000 (aprox.)
Italiano	415.765
Griego	277.472
Chino	139.100
Árabe	119.187
Alemán	111.276
Castellano	73.961
Polaco	68.638
Catalán	64
Lenguas aborígenes	40.790

Fuente: Censo lingüístico

### 1.1. Cuántas lenguas hay en el mundo

Hay dificultades para establecer con precisión cuántas lenguas hay en el mundo. Según los autores, las cifras no suelen bajar de las cuatro mil quinientas y rara vez suben más allá de las seis mil. Este margen tan grande es explicable por diferentes causas. En primer lugar, hay territorios todavía poco estudiados e incluso difíciles de censar. Además, aún no hay una autoridad cultural internacional que esté dispuesta de verdad a poner los medios necesarios para confeccionar el catálogo total de lenguas. Finalmente, existe una dificultad intrínseca: no siempre es fácil decidir si una forma de habla es una lengua (diferente de las otras) o tan solo la variedad dialectal de una lengua común, porque a menudo el límite entre lengua y dialecto es impreciso. Un dialecto se puede definir como una lengua derivada de otra lengua (en la lingüística historicocomparativa) y como una variedad geográfica dentro de una lengua.

Si tomamos como base una cifra entre media y baja, por ejemplo cinco mil lenguas, podremos hacer unas operaciones teóricas muy curiosas sobre la distribución de hablantes y de lenguas. Si dividimos la población del mundo (que se calcula en unos seis mil millones de personas) por el número de lenguas, se obtiene una media absoluta de un millón doscientos mil hablantes por lengua. Es evidente que esta media no se corresponde con los datos que puede aportar la geolingüística: hay unas pocas lenguas habladas por centenares de millones de personas y, por otro lado, hay muchas lenguas que tienen unos centenares, o incluso pocas docenas, de hablantes.

Por ejemplo, según los datos de Voegelin (que trabajó con un total de poco más de cuatro mil quinientas lenguas), la distribución de las lenguas

sería la siguiente:

<b>Lenguas</b>	<b>Número de hablantes</b>
138	Más de un millón
258	Entre 100.000 y 1 millón
597	Entre 10.000 y 100.000
708	Entre 1.000 y 10.000
409	Entre 100 y 1.000
143	Han muerto hace poco
2.269	Sin datos
<b>4.522</b>	<b>Total de lenguas estudiadas</b>

Distribución de las lenguas por el número de hablantes

Un estudio como este revela que en el mundo la norma son las lenguas habladas por grupos humanos más bien pequeños. Y que las lenguas con un número de hablantes que supere los cien millones son muy pocas (entre diez y doce, sobre un total de cinco mil). Según Juan Carlos Moreno, un lingüista eminente, las lenguas más habladas del mundo son las siguientes:

	<b>Lengua</b>	<b>Hablantes (en millones)</b>
1	Chino (mandarín)	778
2	Inglés	440
3	Hindi	294
4	Español	254
5	Bengalí	165
6	Árabe	152
7	Ruso	142
8	Portugués	138
9	Indonesio	125
10	Japonés	120
11	Alemán	106

Lenguas más habladas

Por otro lado, si dividimos el número de lenguas por el número aproximado de estados que hay en el mundo, que es de doscientos –en vez de hacerlo por el número de ciudadanos–, esta operación nos dará una media de 25 lenguas por estado, también en términos absolutos. La realidad, en cambio, es muy diferente: hay estados, como la India, con más de quinientas lenguas. También es normal encontrar más de cien lenguas en muchos estados de África y de Oceanía. En el extremo opuesto, son casi excepcionales los estados en los que se habla una sola lengua en todo el territorio: por ejemplo, Islandia.

## **1.2. Una recesión acelerada**

La geolingüística constata datos como estos sin introducir juicios de valor: es esta la realidad lingüística del mundo. En todo caso, cabe decir que el panorama de las cinco mil lenguas confrontado con la existencia de doscientos estados, muchos de los cuales tienden a priorizar una sola lengua a efectos oficiales, deja en situación difícil a las lenguas y a los hablantes que no coinciden con la que es oficial.

A pesar de que muchas lenguas propias de estados plurilingües están en situación de inferioridad respecto a la lengua o lenguas oficiales, algunas tienen un gran número de hablantes. Aproximadamente, si se pretendiera dejar una sola lengua para cada estado, ¡esto implicaría eliminar de golpe cuatro mil ochocientas!

De hecho, la situación lingüística del mundo está viviendo un periodo de recesión acelerada, y hay especialistas que han llamado la atención sobre la

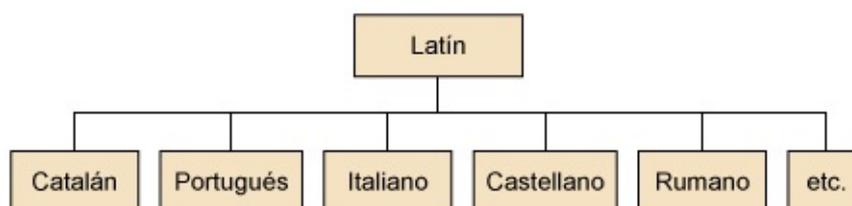
extinción rápida de muchas lenguas. Se calcula que en el siglo XXI se producirá la desaparición de casi la mitad de las lenguas existentes (si no hay una inversión de la tendencia). Esto es lo que se puede deducir de cifras (que siempre son aproximativas y muy variables según la fuente) como las siguientes:

Lengua	Número de hablantes
Nitinat	50
Chinook	30
Twana	10
Eyak	3

Un cuadro como este (que podría ampliarse mucho) nos presenta algunos ejemplos de lenguas condenadas a la desaparición (en este caso se trata de lenguas habladas en la costa noroeste de Norteamérica). En parte, por el escaso número de hablantes; pero sobre todo porque las personas que todavía conservan estas lenguas son ya muy mayores y con su muerte se producirá también, inevitablemente, la muerte de la lengua.

## 2. Las relaciones de parentesco

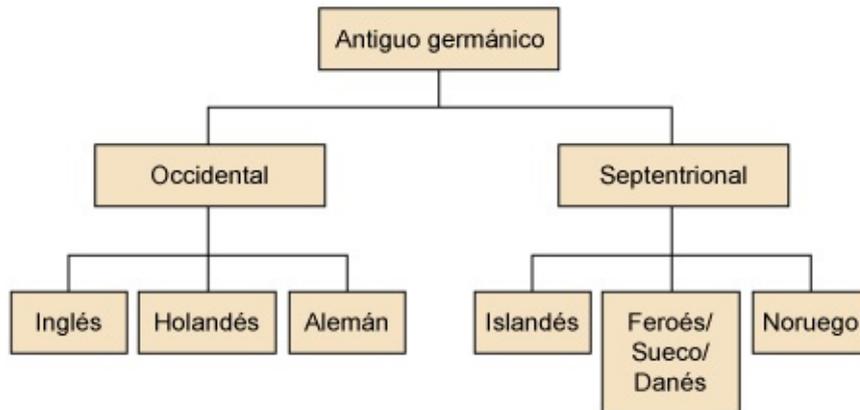
Se sabe con toda seguridad que lenguas como el catalán, el portugués, el castellano, el italiano, el rumano y algunas más tienen su origen en la lengua latina como consecuencia del proceso expansivo y colonizador de la antigua Roma. La vinculación entre estas lenguas y la latina se suele presentar gráficamente con un diagrama de tipo genealógico:



Detrás de este diagrama está la metáfora de la familia: la lengua latina es la «madre» y las otras son las «hijas» («hermanas» entre ellas). Esta dependencia genealógica se justifica, por un lado, por un conjunto de evidencias históricas (presencia de arte romano, instituciones legales romanas, narraciones de historiadores); pero sobre todo está avalada por la existencia de un gran corpus de textos latinos y también por pruebas internas basadas en las similitudes estructurales y de vocabulario entre estas lenguas «hermanas», hecho que reclama un origen común.

Sucede lo mismo, por ejemplo, con las lenguas germánicas, a pesar de que estas no disponen de textos escritos en una lengua antigua común. Pero la comparación de las estructuras y del vocabulario de lenguas como el inglés, el holandés, el noruego y otras permite establecer un árbol genealógico

semejante al anterior (excepto por la interposición de dos áreas diferenciadas):



En este caso, no hay testimonios ni del antiguo germánico, ni de las etapas intermedias (una lengua muerta como el gótico, de la rama germánica oriental, que ya no tiene representantes actuales, se alinearía con las lenguas de las ramas inferiores), pero la comparación estructural que antes se ha mencionado lleva de manera segura, en casos como este, a la confección de un diagrama como el propuesto.

Estos dos ejemplos (con lenguas románicas y germánicas) nos permiten introducir algunos elementos esenciales de la clasificación genética de las lenguas del mundo. Estas no constituyen una lista desordenada; más bien al contrario, se pueden reunir en familias, grupos y subgrupos sobre la base bastante segura de parecidos y diferencias. Estos serían algunos ejemplos de estas similitudes y diferencias (entre algunas lenguas románicas y una lengua de filogenia desconocida):

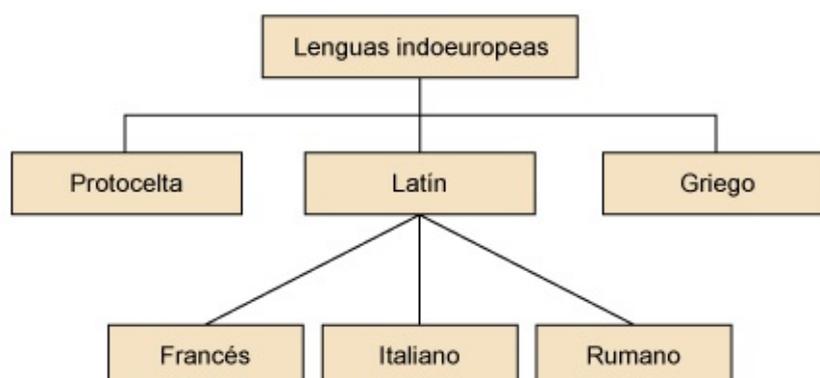
<b>Catalán</b>	<b>Italiano</b>	<b>Castellano</b>	<b>Francés</b>	<b>Vasco</b>
braç	braccio	brazo	bras	beso
peu	piede	pie	pied	urriki
pare	padre	padre	père	aita
mare	madre	madre	mère	ama
quatre	quattro	cuatro	quatre	aurgarren

Una comparación como esta evidencia que las cuatro primeras lenguas mantienen parecidos claros en cuanto al vocabulario y, por lo tanto, pueden ser agrupadas bajo un mismo nudo en un árbol genealógico.

En cambio, el vasco pertenece a una familia diferente, sin que de momento se haya podido encontrar con seguridad un conjunto de lenguas hermanas. Además, en el cuadro se puede comprobar que los parecidos entre las lenguas románicas se establecen sobre la base de palabras referidas a las partes del cuerpo (brazo, pie), a los nombres de parentesco (padre, madre) y a los numerales (cuatro). Estos tipos de palabras son muy estables y, dado que cambian muy poco en el decurso del tiempo, permiten establecer las relaciones de familia con gran seguridad.

Desde el punto de vista de la clasificación genética, las comparaciones sobre la base de palabras estables, como por ejemplo las utilizadas en el cuadro anterior, facilitan la agrupación de las lenguas del mundo en familias. Es decir, hacen posible el establecimiento de una ordenación de las lenguas según el parentesco.

Las lenguas románicas constituirían un grupo subordinado al latín –grupo que, interiormente, se divide en lenguas románicas occidentales (el catalán, por ejemplo) y lenguas románicas orientales (el rumano). Estas lenguas, junto con el griego y otras, se encontrarían en el nudo italogriego, que conectaría con el indoeuropeo siguiendo un esquema teórico de ramificación como el siguiente:

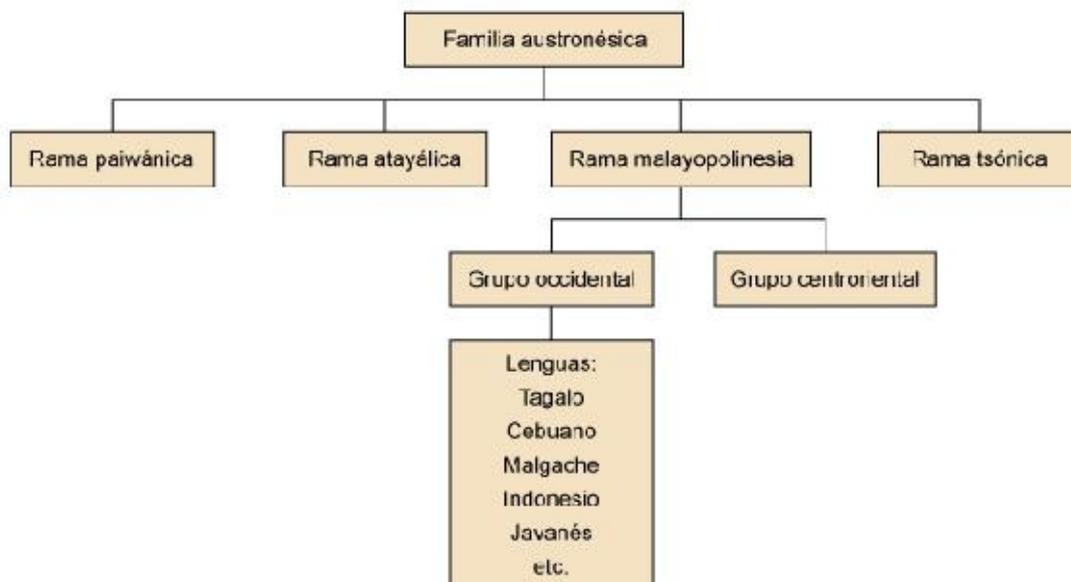


Este tipo de esquema nos permite explicar metafóricamente las relaciones de parentesco: el francés, el italiano y el rumano, por ejemplo, son entre sí lenguas «hermanas»; las tres son «hijas» del latín, que, a su vez, está «hermanado» con el griego y el protocelta (aunque en la práctica nunca se habla de lenguas «nietas», «tías» o «abuelas»). Finalmente, el nudo superior representaría la lengua o lenguas indoeuropeas. Este nudo, además, se podría relacionar con otras familias de lenguas y así se llegaría, hipotéticamente y si las pruebas lo confirmaran, a constituir el árbol único de todas las lenguas del mundo, clasificadas desde el punto de vista genético.

### La división en especies

Según Darwin, «la formación de las diferentes lenguas y de las diversas especies, y las pruebas de que las dos realidades se han desarrollado siguiendo un proceso gradual, son curiosamente paralelas». La clasificación y el grado de parentesco de los diferentes seres vivos y grupos de seres vivos se establecen en función de su proximidad genética (mayor o menor), de una manera análoga a la descrita para las lenguas en el cuadro anterior.

Los árboles genealógicos pueden llegar a ser mucho más complejos. Por ejemplo, una de las familias más estudiadas es la austronésica. El árbol genealógico de esta familia, según Carme Junyent, especialista en el estudio de las lenguas del mundo, sería el siguiente:



Así, esta clasificación nos dice, por ejemplo, que la lengua tagalo pertenece al grupo occidental de la rama malayopolinesia de la familia austronésica, con lo que queda definida la lengua en el marco de las relaciones genéticas. La familia austronésica incluye lenguas habladas en un ámbito geográfico muy extenso; en palabras de Carme Junyent, lenguas que

se extienden «por prácticamente todas las islas que hay desde Madagascar hasta la isla de Pascua y Hawai, y de Taiwán a Nueva Zelanda». Sin embargo, algunos autores no la consideran una familia, sino una de las dos ramas principales de la familia austro-tai, junto con la daica.

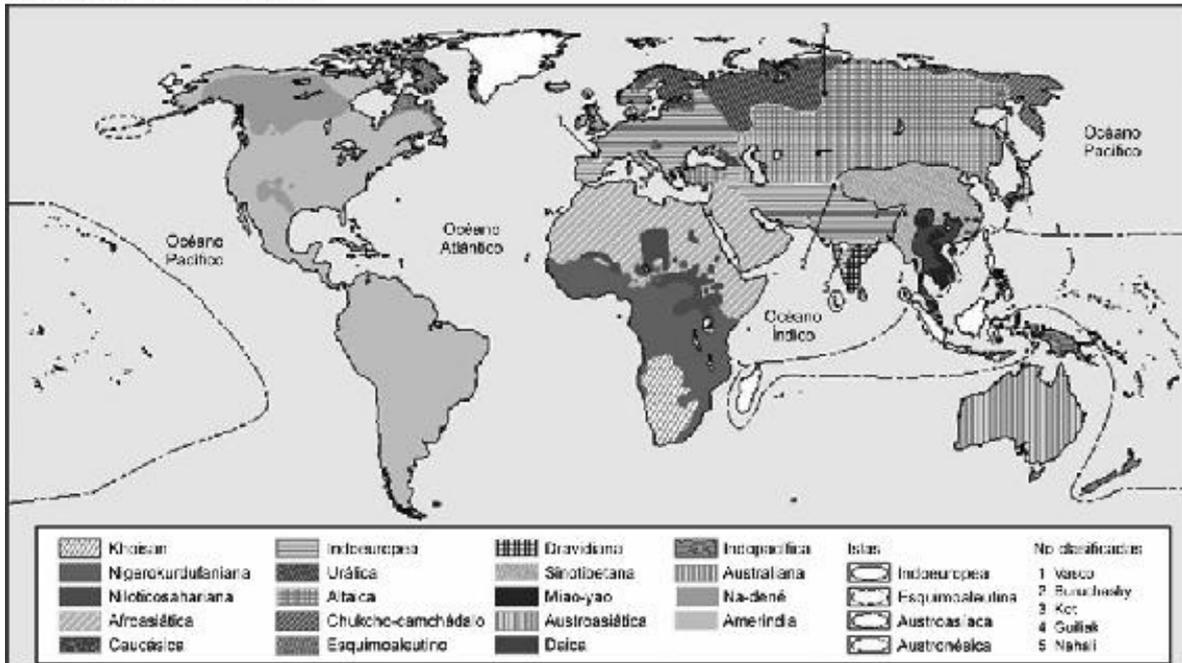
Según Merritt Ruhlen, estudioso de los orígenes de las lenguas, actualmente las lenguas del mundo están reunidas en diecinueve familias (agrupadas en diecisiete fílums), algunas de las cuales se presentan de forma muy simplificada en la siguiente tabla y solo con unos pocos ejemplos de las lenguas que las configuran:

<b>Familia</b>	<b>Lengua</b>	<b>Localización</b>
Indoeuropea (2.000.000 de hablantes)	Griego	Grecia
	Persa	Irán
	Hindi, gujarati	India
	Francés, catalán, italiano, castellano, rumano	Territorios respectivos
	Irlandés	Irlanda
	Galés	Gales
	Gaélico	Escocia
	Ruso Polaco	Rusia Polonia
Esquimoaleuta (85.000 hablantes)	Esquimal, aleuta	Alaska, norte de Canadá
Altaica (250.000.000 de hablantes)	Turco	Turquía
	Coreano	Corea
	Japonés	Japón
	Ainu	Japón
Sinotibetana (1.000.000 de hablantes)	Mandarín	China
	Cantonés	China
	Tibetano	Tíbet
Afroasiática (175.000.000 de hablantes)	Tamazight (bereber)	Norte de África
	Árabe	Norte de África
	Hausa	Nigeria, Níger, Chad...
	Somalí	Somalia, Etiopía...
Nigerokurdufaniana (180.000.000 de hablantes)	Mandingo	Guinea, Gambia
	Suahelí	Tanzania
	Chona	Zimbabwe
	Ibo	Nigeria
Amerindia (18.000.000 de hablantes)	Yurok	Norte de California
	Cheyenne, dakota	Centro de Estados Unidos
	Cuaquiú	Suroeste de Canadá
	Cheroquí	Este de Estados Unidos
	Nahua	México
Na-dene (200.000 hablantes)	Quechua, aimara	Suroeste de América del Sur
	Navajo, apache	Alaska, oeste de Canadá, Oregón, California...

#### Algunas familias lingüísticas

Esta síntesis, de solo ocho de las diecinueve familias de lenguas, permite que nos hagamos una idea aproximada del panorama lingüístico del mundo. Hay cinco lenguas que todavía no se han podido adscribir a ninguna de las diecinueve familias: vasco, buruchasky, ket, guiliak y nahali. Son, pues, lenguas «aisladas».

Distribución de las lenguas del mundo



## 2.1. La familia indoeuropea

La familia lingüística indoeuropea, denominada a veces «indohitita» (y ya nunca más «indoaria»), es, quizá, el grupo mejor estudiado entre las lenguas del mundo. Y esto se debe principalmente a tres factores: en primer lugar, se trata de un grupo no excesivamente numeroso (unas cincuenta lenguas); además, el nivel de semejanzas es notablemente alto y en muchos casos se puede comprobar con textos antiguos, y finalmente esta familia ha llamado la atención de los lingüistas desde hace doscientos años, lo que ha permitido una acumulación impresionante de estudios.

A modo de ejemplo, son miembros de la familia indoeuropea lenguas como: el sánscrito (la antigua lengua sagrada y literaria de la India), y las actuales hindi, gujarati, bengalí; el persa, lengua de la antigua Persia y del actual Irán; el griego clásico, cuya versión hablada ha llegado hasta nuestros días como griego moderno; el latín, que todavía pervive en las actuales lenguas románicas; el grupo céltico, representado en nuestros días por lenguas como el bretón, el galés y el irlandés; el grupo germánico, cuyo antecedente no dejó testigos escritos, que contiene lenguas como el inglés, el alemán, el holandés o el sueco, y el grupo baltoeslavo: lituano, ruso, polaco o búlgaro.

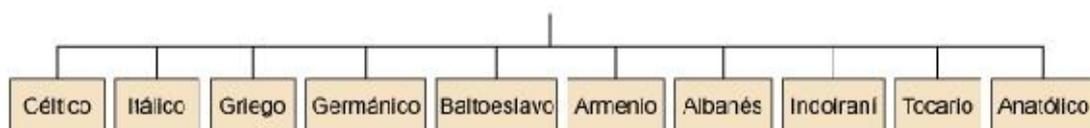
A primera vista parece un campo muy extenso, e incluso más de uno se sorprendería si le dijeran que la actual lengua bengalí (en la India) y la lengua sueca (en la península de Escandinavia) son miembros del mismo árbol

genealógico. Pero la comparación de estas y otras lenguas no deja lugar a ninguna duda.

De hecho, toda la historia de las investigaciones indoeuropeas se inició con un acto de sorpresa basado en la comparación: el juez británico Sir William Jones, un experto orientalista residente en la India, escribió en 1788 las palabras (consideradas con auténtica veneración hoy) siguientes: «La lengua sánscrita, sea cual sea su antigüedad, tiene una estructura admirable. Es más perfecta que el griego, más rica que el latín y más exquisita que las dos. Y tiene un parecido tan grande con estas, tanto respecto a las raíces verbales como a las formas gramaticales, que esto no se puede haber originado accidentalmente. Hasta tal punto es fuerte el parecido que ningún filólogo podría investigar estas tres lenguas sin pensar que proceden de una fuente común que, quizá, ya no existe. Por la misma razón, pero no tan concluyente, el gótico y el céltico, mezclados con alguna lengua muy diferente, podrían tener el mismo origen. Y también el antiguo persa podría ser asociado con la misma familia».

La sorpresa y el tono admirativo del juez Jones tenían como base las comparaciones entre palabras como, por ejemplo, los nombres de parentesco: «padre» es *pater* en latín y *pitár* en sánscrito; «hijo» es *son* en inglés, *sunus* en gótico, *syn* en ruso y *sunu* en sánscrito; «hija» es *daughter* en inglés, *dukté* en lituano y *duhitar* en sánscrito. También en los nombres de los números: «dos» es *dúo* en latín, *dyo* en griego y *duvá* en sánscrito; «siete» es *séptem* en latín, *hepta* en griego y *saptá* en sánscrito; «diez» es *décem* en latín, *déka* en griego y *dáça* en sánscrito. O en el nombre de objetos cotidianos: «barco» es *naus* en latín, *naus* en griego y *nau* en sánscrito; «yugo» es *iugum* en latín, *zygon* en griego, *juk* en gótico, *jungas* en lituano y *yugam* en sánscrito.

Estos parecidos (y muchísimos más) dejaban muy clara la pertenencia de una serie de lenguas a la misma familia indoeuropea. El conjunto de estas lenguas se suele clasificar en diez grupos, que presentamos de manera simplificada en el cuadro siguiente:

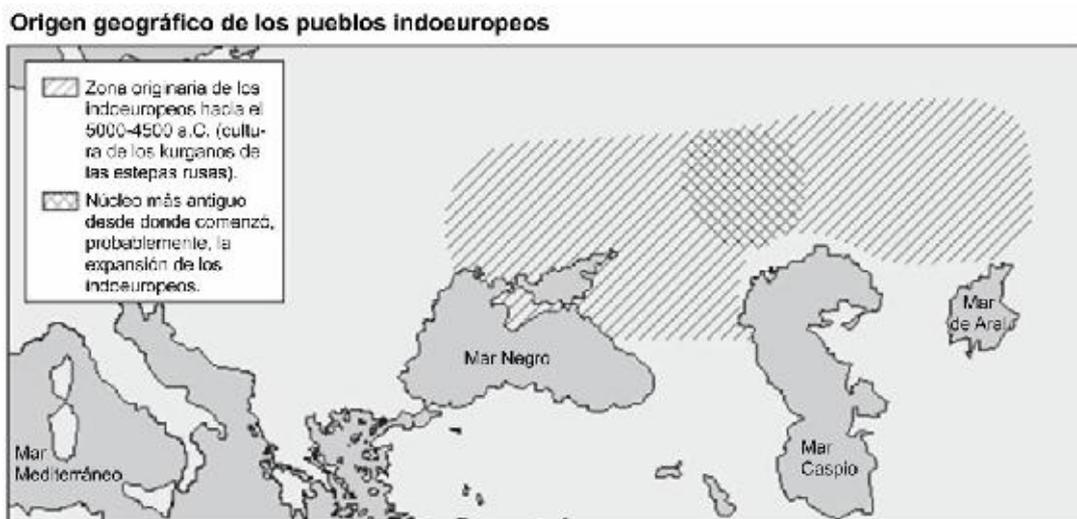


El calificativo *indoeuropea* se explica porque las lenguas que incluye esta familia alcanzan un territorio que abarca desde la India hasta las orillas occidentales de Europa. Cada uno de estos grupos se concreta en una o más lenguas: la antigua lengua hitita es la única representante conocida del grupo

anatólico, como también lo son, por ejemplo, el griego para el grupo griego y el albanés para el grupo albanés. Otros grupos contienen algunas lenguas más, como por ejemplo el céltico, que tiene cuatro: escocés, irlandés, galés y bretón. Los grupos más numerosos del árbol indoeuropeo son el germánico, el indoirani, el baltoeslavo y el itálico.

En cuanto al grupo itálico, la lista de lenguas que se situarían bajo la rama correspondiente, en una disposición aproximada desde las tierras más occidentales a las más orientales, es esta: galaicoportugués, asturiano, castellano, aragonés, catalán, francés, occitano, francoprovenzal, sardo, italiano, friulano, dálmata (extinguida) y rumano.

El origen geográfico, la cultura temprana y los movimientos de expansión de los indoeuropeos son, desde hace tiempo, materia de estudio y de debate. En cuanto a la localización inicial de este pueblo, la hipótesis más verosímil lo sitúa, hace unos seis o siete mil años, en las estepas rusas, en el entorno del curso inferior del río Volga, entre el mar Negro y el mar Caspio (a pesar de que también hay quien lo sitúa en la península de Anatolia, la actual Turquía). Algunos arqueólogos y lingüistas sitúan los orígenes de los pueblos indoeuropeos en una zona que se localiza al norte del mar Negro y del mar Caspio. Otros, en cambio, creen que la protopatria de estos pueblos fue Asia occidental, donde ya habrían compartido una lengua común hace entre 7.000 y 6.000 años. Lo que sí que es cierto es que en el tercer milenio antes de Cristo ya había pueblos indoeuropeos establecidos en las estepas de la Europa oriental:



En cuanto a la cultura original del pueblo indoeuropeo, no tenemos noticias directas de ella porque no nos ha llegado ni una sola línea escrita que nos hable de esta (como no sucede con los griegos y los latinos, más tarde).

Es más, los indoeuropeos eran analfabetos por necesidad, ya que la escritura se inició en Mesopotamia hacia el 3300 a. de C.; es decir, dos mil años después de la época de surgimiento de los pueblos indoeuropeos.

Así, todas las informaciones sobre su cultura se tienen que obtener a partir de los hallazgos arqueológicos y, muy especialmente, del estudio de las instituciones de los pueblos indoeuropeos (griegos, latinos, germánicos) y de la comparación de su vocabulario: por ejemplo, antes hemos visto que en algunas lenguas del grupo hay una palabra común para «yugo», esto significa que una de las actividades de supervivencia era la agricultura. También consta una palabra común para «moler», lo que nos pone sobre la pista del tipo de cultivo. En este sentido, las investigaciones lingüísticas sobre el vocabulario comparado son muy apreciadas por los arqueólogos y los prehistoriadores.

Con las pruebas arqueológicas y lingüísticas se ha llegado, pues, a dibujar una pintura cultural que, en síntesis, nos dice lo siguiente: eran agricultores y ganaderos; probablemente hacían casas mezclando barro con paja; conocían las técnicas del cobre y el bronce, y usaban la rueda. También fabricaban «cerámica cordada»; es decir, cerámica decorada con marcas de cuerdas. Además, sabían navegar y tenían algunas armas (arcos y flechas, espadas y hachas). Su organización social era la familia, el clan y la tribu, en progresión creciente; la figura del rey era más bien la de un árbitro que hacía de mediador en caso de conflicto.

En cuanto a la religión, tenían un dios superior (o *deus pater*) y una serie de dioses sectoriales: el de los sacerdotes, el de los guerreros y el dios protector del trabajo agrícola, como divinidades más destacadas. Muy probablemente, el tipo de religión era dualista, basada en las fuerzas del orden y del caos. También practicaban el sacrificio de animales.

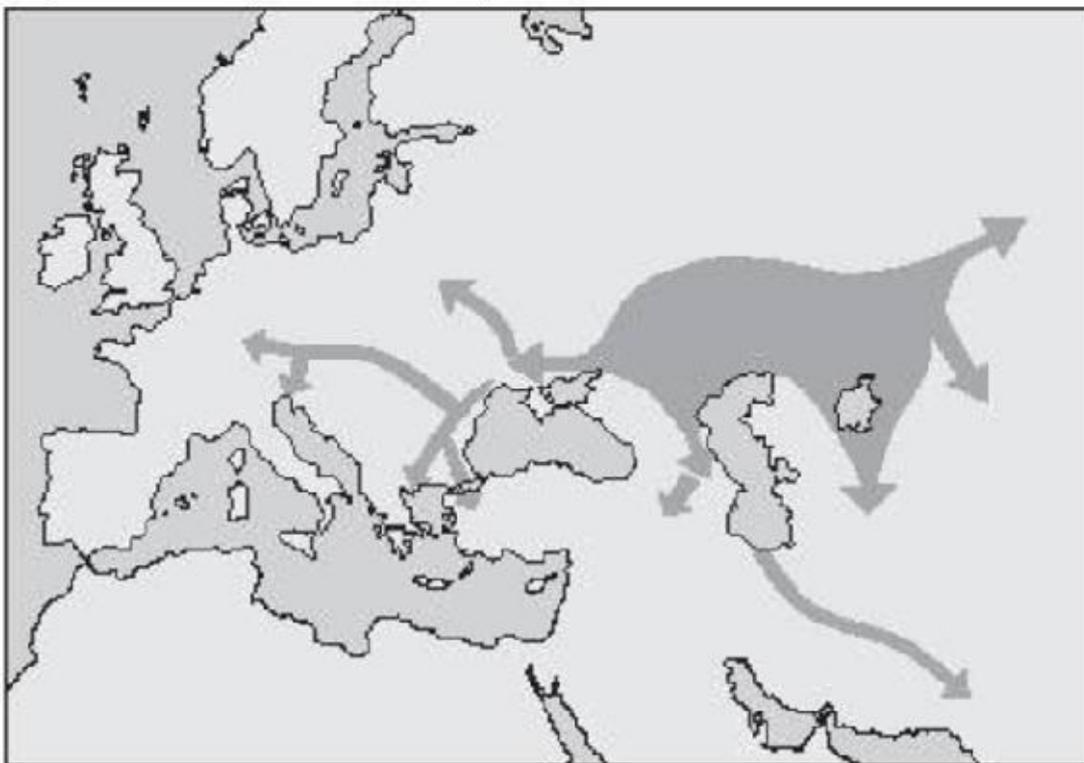
En cuanto a la expansión de los indoeuropeos, queda claro que, ya en tiempos antiguos, llegaron por un lado hasta la India, y por otro hasta las orillas occidentales de Europa. Esto se demuestra, especialmente, por los hallazgos de un tipo especial de entierros denominados *kurganos*, o tumbas con túmulo, originarios del emplazamiento primitivo. No consta, por otro lado, que actuasen como conquistadores de territorios extensos. Más bien se cree que iban ocupando tierras de cultivo y que las dejaban una vez agotadas para trasladarse a otras.

Los kurganos se asocian con varios movimientos migratorios atribuidos a los pueblos indoeuropeos, entre los cuales el primero (4400-4200 aC) los llevó hasta la región del Danubio y los Balcanes; con el segundo (3500-3000

aC) llegaron hasta Transcaucasia, Irán, parte de Anatolia y Europa central, y el tercero (3000-2800 aC) los dirigió hacia el Egeo y el Adriático.

Finalmente, las fantasías sobre la «raza indoeuropea» (o «aria») han quedado hoy totalmente desprestigiadas por la ciencia. Por un lado, esa supuesta «raza» estaba constituida por un conjunto de pueblos genéticamente mezclados y, por otro, su cultura de supervivencia los presenta como un grupo de lo más normal, comparable a otros pueblos en circunstancias parecidas con economía agrícola y ganadera:

Expansión de los pueblos indoeuropeos



Font: J.P. Mallory (1989). *À la recherche des indo-européens* (pàg. 203). Paris: Seuil.

### 3. Parecidos estructurales

La clasificación genética, que toma en consideración los parecidos entre las lenguas (justificados por el origen común), no es la única manera de relacionar las lenguas del mundo. También existe la posibilidad de agrupar las lenguas mediante similitudes estructurales, al margen de que estén emparentadas o no. En este caso, hablamos de clasificación tipológica, tomando como patrón clasificatorio el hecho de que encontramos semejanzas como, por ejemplo, una estructura verbal más o menos igual, un mismo

sistema vocálico, una disposición de los elementos oracionales idéntica y, sobre todo, una misma (o muy parecida) estructuración de la palabra.

Los estudios de tipología lingüística ofrecen un panorama extraordinariamente variado sobre las lenguas del mundo, pero, al mismo tiempo, permiten marcar los límites de las lenguas posibles y, así, ayudan a establecer las condiciones que restringen los productos de nuestra facultad verbal. Dicho de otro modo, parece que podemos hablar de cualquier tema, con todo tipo de variantes sintácticas y estilísticas; pero no lo podemos hacer de cualquier manera, o usando estructuras no previstas en las lenguas del mundo.

Por ejemplo, ninguna lengua presenta estructuras silábicas en las que las consonantes (C) y las vocales (V) aparezcan como en esta secuencia: CCCCVC (lmtbasdp). Tampoco encontramos lenguas que solo tengan consonantes sordas del tipo *p, t, k* (y sin sonoras, como *b, d, g*).

### **Subordinadas imposibles**

No encontramos tampoco lenguas en las que se puedan acumular las subordinaciones de oraciones de la manera siguiente:

- (1) El chico ha salido.
- (2) El hombre conoce al chico.
- (1 + 2) El chico que el hombre conoce ha salido.
- (3) El mecánico saludó al chico.
- (4) El mecánico nos arregla el coche.
- (3 + 4) El mecánico que nos arregla el coche saludó al chico.

Hasta aquí todo es posible y correcto. No obstante, observemos cuál es el resultado de hacer ahora todas las subordinaciones:

(1 + 2 + 3 + 4) El chico que el hombre que el mecánico que nos arregla el coche saludó conoce ha salido.

En resumen, parece que nuestra capacidad para procesar información (o las condiciones de nuestro sistema de conocimiento y de expresión) no acepta estructuras anómalas, como la del ejemplo. En cierta medida, los estudios de tipología pueden contribuir, como ya se ha comentado, a las investigaciones sobre la estructura de la mente humana.

### 3.1. Según las palabras

En cuanto a la estructuración de la palabra, es habitual considerar, desde el punto de vista tipológico, tres clases principales de lenguas: lenguas flexivas, lenguas aglutinantes y lenguas aislantes. Pero estas tres clases son tipos ideales, o puntos situados en una línea continua que va desde la síntesis máxima al análisis máximo. Observemos tres ejemplos:

Primero, «cant- o»: la forma «-o» es profundamente sintética, porque un solo elemento contiene la información de «tiempo» (presente), de «número» (singular) y de «persona» (primera). Estas tres indicaciones se integran (o sintetizan) en un solo morfema y son características de las lenguas del primer tipo: flexivas.

Segundo, «granj- er - a - Ø»: esta palabra contiene cuatro informaciones, cada una asignada a un fragmento: «casa de cultivo y de cría de animales», «persona o cosa relacionada con (el lugar anterior)», «femenino» y «singular» (esto último por oposición a la forma «granjeras»). En este caso, por lo tanto, los significados (léxico, derivativo y gramatical) se corresponden, uno a uno, con las unidades que integran la palabra. Configuraciones como esta son típicas de las lenguas aglutinantes.

Y tercero, «rompe-cabezas»: ahora estamos ante una palabra compleja (o compuesta), más o menos típica del procedimiento aislante, en la que se han unido dos palabras independientes. Hemos pasado, pues, de una forma muy sintética («canto») a otra muy analítica.

Lo curioso del caso es que las tres palabras pertenecen a una misma lengua: por ello antes nos hemos referido a divisiones tipológicas ideales. En la realidad, la clasificación tipológica agrupa tendencias dominantes o características sobresalientes de las lenguas, pero estas son compatibles con distintos procedimientos. Por ejemplo, la lengua castellana es más flexiva y aglutinante que el inglés (pero también puede crear formas aislantes); el inglés, en cambio, tiene un componente flexivo reducido, y una capacidad aglutinante y aislante notables. De todos modos, se debe tener presente que se trata de procedimientos para la configuración de las palabras, y en ningún caso se puede decir que un sistema sea mejor o más práctico que otro.

Son lenguas predominantemente flexivas el griego, el árabe, el sánscrito, el latín y, en menor medida, las lenguas románicas. Estas lenguas se caracterizan por tener flexiones nominales y adjetivas de caso, o por tener unos paradigmas verbales complejos, o por las dos cosas.

Observemos, por ejemplo, un paradigma nominal del latín para la palabra «pueblo» (que, en castellano, solo admite dos formas: «pueblo» y «pueblos»):

Caso	Singular	Plural
Nominativo	populus	populi
Vocativo	popule	populi
Acusativo	populum	populos
Genitivo	populi	populorum
Dativo	populo	populis
Ablativo	populo	populis

Las doce formas de este paradigma (con ocho bien diferenciadas) no solo presentan marcas específicas para las nociones de singular y de plural, sino que también incluyen información de género masculino porque *populus* requiere o se combina con adjetivos masculinos (*populus bonus*). Pero lo más importante es que incluyen marcas de caso (relativas a la función que pueden desarrollar en la frase). Por ejemplo, el significado de «agente» en la oración «el pueblo llama» obligaría a seleccionar la forma *populus* (nominativo singular). El significado de «objeto» en la frase «él engañó al pueblo» pediría la forma *populum* (acusativo singular).

Las lenguas flexivas como esta pueden favorecer el orden más bien libre de los elementos en la oración porque las formas nominales ya indican, idealmente, la función de los elementos. Probablemente sea por ello que la lengua castellana, al no tener flexión nominal, tiene un orden fijo oracional de tipo sujeto-verbo-objeto: «María (sujeto) visitó a Juan (objeto)» o «Juan (sujeto) visitó a María (objeto)».

Entre las lenguas aglutinantes tenemos el turco, el vasco, algunas lenguas esquimales o la lengua yana (norteña de California).

Observemos cómo funciona el procedimiento de aglutinación con un ejemplo de la lengua turca –*evlerinden*–, a partir de cuatro elementos:

*ev* significa «casa»

*ler* significa «plural»

*i* significa «suyo», «suya»

*den* significa «origen», «procedencia»

Así,

*ev* = la casa

*evler* = las casas

*evi* = su casa

*evleri* = sus casas  
*evden* = desde la casa  
*evlerinden* = desde sus casas

La unión de los elementos *ev/ler/i/den* da la forma *evlerinden*, que incorpora una «n» (detrás la «i»), consonante que se añade habitualmente al posesivo de tercera persona.

En las lenguas románicas, encontramos un capítulo importante de aglutinación que es conocido con el nombre de «derivación». Por ejemplo, una forma como «reproducible» se puede segmentar de la manera siguiente:

re = repetición (haz la maleta / rehaz la maleta)  
produ(ci) = hacer algo  
ble = posibilidad (y también «digno de» = amable)  
Todo junto, «que se puede hacer otra vez».

En cuanto a las lenguas aislantes, como el chino, el vietnamita, el tibetano o el birmano, se caracterizan por que los elementos oracionales están configurados como unidades invariables, y cada uno de ellos aporta una información independiente. Por ejemplo, en la frase china siguiente:

ta bu tai xihuan ni  
ella + no + mucho + querer + tú  
Ella no te quiere mucho

Un caso especial es el de las lenguas denominadas «polisintéticas», como por ejemplo la lengua chinook (del río Columbia), que presentan palabras equivalentes a una oración entera.

La forma chinook *acimlúda* quiere decir «Él te lo dará», y se analiza de la manera siguiente:

a = futuro  
c = él  
i = aquello  
m = tú  
l = el elemento anterior (m) es el beneficiario  
u = alejarse i de c (aquello de él)  
d = dar

a = futuro

Aparte del chinook, hay otras lenguas propias de los nativos norteamericanos, como el cheroquí, que presentan el carácter de polisintéticas. Curiosamente, en los inicios de la colonización del continente, esta característica hizo que algunas de estas lenguas fueran calificadas de «primitivas». Al constatar que una palabra podía incorporar todos los elementos de una frase y variaba para indicar sujeto, objeto y número, se consideró erróneamente que no podían expresar conceptos generales con palabras genéricas.

Hay que tener muy presente que alguna de las marcas de las lenguas polisintéticas (que funcionan sin ningún problema y con garantías comunicativas plenas entre los hablantes del chinook) no son muy diferentes de las nuestras: «a» para marcar el femenino (gata), «s» para indicar plural (gatos) o «in» como señal de negación o privación (inútil).

En otras lenguas también encontramos estructuras aislantes; en castellano *tiralíneas*, *correveydile*, *caradura* y muchas más; en inglés *teapot* (tetera), *seaflower* (anémona), *tramway* (tranvía).

### 3.2. Según el orden en las frases

La clasificación tipológica no solo considera la estructura de las palabras, también se aplica a la investigación del orden oracional. Hay lenguas que colocan los elementos siguiendo pautas diferentes para los constituyentes: sujeto (S), verbo (V), objeto (O)].

S V O: castellano, inglés, árabe, finés (o suomi), thai.

S O V: japonés, turco, coreano.

V S O: tagalo, galés.

Algunos autores antiguos, como Diderot, Beauzée o Condillac, creían que la secuencia natural del pensamiento era la de sujeto-verbo-objeto («Alguien hace algo») y, en consecuencia, pensaban que las lenguas como el francés, de estructura SVO, seguía fielmente el orden del pensamiento.

Sin embargo, desde la perspectiva de la lingüística moderna, está totalmente superada la vieja polémica sobre las excelencias de la primera respecto de las otras, no hay evidencia científica que privilegie una ordenación. Además, parece que no podemos establecer con seguridad cuál es

el orden de nuestras producciones mentales. En consecuencia, la vieja polémica es una controversia vacía de contenido.

### **3.3. Según los sistemas fonológicos**

Finalmente, la distinción tipológica de las lenguas también considera los sistemas fonológicos, tanto el vocálico como el consonántico. Hay lenguas que tienen una estructura vocálica con tres elementos (i, a, u: árabe, aleuta, etc.), otras con cinco (i, e, a, o, u: castellano, vasco, etc.) y también las hay con sistemas de siete vocales: catalán, albanés y otras (pero estas vocales no siempre se articulan con la misma configuración bucal).

## **Capítulo II**

# **LA CREACIÓN DE LENGUAS**

### **1. Un vínculo de unión para la humanidad**

Ya es antiguo el ideal de luchar contra la dispersión y la multiplicidad de lenguas. Por ejemplo, a mediados del siglo XVII, uno de los fundadores de la Royal Society, John Wilkins, elaboró un sistema de escritura científica y filosófica con la intención de que los sabios pudieran comunicarse de manera universal y que, además, no contuviera expresiones equívocas. Desde entonces, se han construido una serie de lenguas artificiales a semejanza de las lenguas naturales, la más conocida de las cuales es el esperanto:

<b>Año</b>	<b>Nombre</b>	<b>Creador</b>
1879	Volapük	Schleyer
1887	Esperanto	Zamenhof
1902	Idiom Neutral	Rosenberg
1904	Latino sine flexione	Peano
1911	Simplo	Ferranti
1927	Novial	Jespersen
1935	Basic	Ogden

El esperanto vio la luz a finales del siglo XIX, y su diseñador, Ludwick Lejzer Zamenhof, se dejó llevar por la esperanza de que se convertiría en lengua internacional (sin sustituir la lengua propia o primera lengua). El esperanto fue concebido como vínculo de unión de la humanidad, pero Zamenhof se basó, principalmente, en las raíces de las lenguas indoeuropeas y, muy especialmente, en el latín y el ruso.

El nombre *esperanto* proviene del pseudónimo utilizado por Zamenhof en sus escritos, Dr. Esperanto. Este poliglota dominaba, entre otras lenguas, el ruso, el polaco, el alemán, el francés y el jiddisch. Aparte de ser el creador del esperanto, tradujo a esta muchos clásicos de la literatura, además de la Biblia.

Algunas de las características estructurales del esperanto son estas: 5 vocales y 23 consonantes; el acento siempre se encuentra en la sílaba antepenúltima; solo hay un artículo (la) sin formas de género y número; los nombres acaban siempre en -o y el plural nominal se forma con -j; los paradigmas verbales son totalmente regulares; no existe la doble negación; el léxico consta de raíces que pueden combinarse (composición) y que pueden ser modificadas gracias a un sistema de 9 prefijos y 38 sufijos. Todo esto siguiendo las pautas de dieciséis reglas básicas.

#### **Un texto en esperanto**

«Cetere en la nuna tempo en la afero de lingvo internacia la rutino kaj spirita inercio komencas iom post iom cedadi al la sana prudento. Jam longe tie aŭ aliloke en diversaj gazetoj kaj revuoj aperas artikoloj plenaj de aprobo por la ideo mem kaj por gial batalantoj.»

#### **Traducción**

«Por otra parte, hoy, en cuestiones de lengua internacional, la rutina y la inercia intelectuales comienzan a ceder poco a poco ante la sana sabiduría. Ya hace tiempo que, por todas partes, en periódicos y revistas diferentes, aparecen artículos llenos de aprobación a favor de esta idea [la difusión del esperanto] y de sus partidarios.»

Pierre Janton (1976). *El Esperanto*. oikos-tau.

El futuro del esperanto como lengua internacional es bastante dudoso: no ha sido reconocido por las instituciones mundiales y no tiene el apoyo de un

estado poderoso. En estos momentos no hay cifras fiables de hablantes, pero una estimación prudente situaría entre cinco y diez millones el número de personas que, esparcidas por todo el mundo y agrupadas en organizaciones esperantistas, tienen algún dominio de esta lengua artificial.

### **1.1. El dominio del inglés**

Como es bien sabido, el inglés está asumiendo actualmente el papel de lengua de intercambio en proporciones arrolladoras, muy por encima del francés, el castellano, el alemán y el ruso. El inglés domina en las relaciones políticas, comerciales, financieras, científicas, deportivas y turísticas, entre otros campos, lo que lo convierte en una especie de esperanto, sobre todo bajo la forma de *Basic English*, variedad que permite que mucha gente pueda comunicarse en determinadas circunstancias más bien formales.

De hecho, en la historia de la humanidad ha habido diferentes lenguas naturales que han asumido el papel que ahora tiene el inglés: el latín, el árabe, el castellano y el francés, entre otros. La diferencia es que estas cuatro lenguas facilitaron la intercomunicación en áreas restringidas, mientras que el inglés parece que en la actualidad alcanza prácticamente a todo el planeta (al menos en cuanto a los campos o dominios temáticos antes mencionados).

La extensión del inglés, sin embargo, no se ha producido debido a ninguna característica estructural de esta lengua que la hiciese más «fácil», sino por el dominio político, científico, comercial y tecnológico de los países anglófonos en estos momentos. Ninguna lengua tiene privilegios estructurales (como sistema lingüístico) para convertirse en lengua de intercambio internacional: las causas de esta extensión son, en todos los casos, externas a las características de las lenguas.

## **2. El contacto lingüístico**

En muchos lugares del mundo se ha dado, de manera acelerada, natural y espontánea, la construcción de una lengua nueva: un grupo de hablantes, en general iletrados, puede edificar una lengua natural en el espacio de dos generaciones. En el supuesto que ahora examinaremos, la construcción de una lengua nueva, a partir de otras lenguas, pasa por un estadio intermedio denominado *pidgin*, antes de convertirse en una lengua de pleno derecho, que conocemos con el nombre de *criollo*.

Imaginemos una situación de contacto lingüístico en la que personas de diversos orígenes, con lenguas diferentes, han sido trasladadas (en general, convertidas en esclavos) a un territorio en el que se habla la lengua dominante. Veamos la evolución de este supuesto.

Supongamos que los hablantes de las lenguas A y B no pueden comunicarse entre ellos y que, además, están expuestos a la lengua X, que es la lengua de los dominadores. En estas circunstancias, aprender la lengua X quiere decir dos cosas: que se entienden las órdenes de los dominadores y también que es posible la comunicación entre los hablantes de A y de B usando la lengua X.

Ahora bien, consideraremos que los que tienen como lenguas propias A y B son adultos y que las circunstancias del aprendizaje de X no son, ni mucho menos, idóneas. Así, se convertirán en semihablantes de X, lengua que adquirirán a partir de los hábitos fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxicos de las lenguas propias: hablarán X con acento de A, por ejemplo, y amoldarán las palabras de la lengua dominante a las estructuras sintácticas de la propia lengua. Esto es un *pidgin*: una mezcla forzada entre dos lenguas que se caracteriza, generalmente, por estar formada por el léxico de X más un sustrato de gramática elemental, con un nivel escaso de flexiones y de elementos funcionales.

Supongamos también que los hablantes de A y de B tienen descendencia. ¿Qué lengua transmitirán a los hijos? A menudo, y pensando en un futuro mejor para estos, les hablarán en la semilengua; es decir, en un tipo de aproximación al habla de los dominadores. Pues bien, estos niños, comunicándose entre ellos, desarrollarán en una generación todos los mecanismos gramaticales de una nueva lengua: el tipo de lengua conocida con el nombre de *criollo*. Una lengua criolla es, pues, el resultado del aprendizaje de un *pidgin* por parte de la segunda generación de quienes lo han creado.

Los criollos son considerados hoy como un ejemplo privilegiado de las aportaciones específicas de nuestro mecanismo de adquisición de lenguas: enfrentados a una semilengua (es decir, encontrando en su alrededor datos verbales que no son los que espera la facultad humana de adquisición lingüística), los niños construyen una lengua normal que permite el desarrollo de todas las funciones expresivas. Esta construcción revela hasta qué punto llegamos al mundo dotados de una facultad que se debe desarrollar hasta llegar a la madurez.

En el mundo hay (o ha habido) más de un centenar de criollos, cuya base es alguna de las lenguas de los colonizadores: el castellano, el portugués, el francés y el inglés, principalmente. Por ejemplo, el papiamentu, en la isla de Curazao, donde confluyen tres lenguas europeas (castellano, portugués y holandés) con lenguas de África; el chabacano, mezcla del castellano y del tagalo, en Filipinas; el reunionés, de base francesa, en la isla de la Reunión, o el sabir australiano, mezcla de inglés y algunas lenguas de Australia y Nueva Guinea.

Veamos un ejemplo de lengua criolla, concretamente el comienzo de una historia en papiamentu. La traducción se debe interpretar desde el castellano (por ejemplo, «*ku su jú*» es «*con su hijo*»).

«História di una máma ku jú. Un día taba tén un máma ku su jú, i nan taba ta masha póber. E táta taba ta piskadó, i tur día k'e bin fe lamán, e máma ta'a mand'e jú báí bende piská.»

### **Traducción**

«Historia de una madre y su hijo. Había una vez una madre y su hijo, y eran muy pobres. El padre era pescador, y siempre que venía del mar, la madre enviaba al hijo a vender el pescado.»

David Crystal (1977). *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*. Madrid: Taurus

En algunos casos coexisten en un mismo lugar dos lenguas criollas, cada una originada a partir de una base léxica diferente. Es el caso del camerunés, el guayanés, el guineano, el neohebridano o el sanluciano.

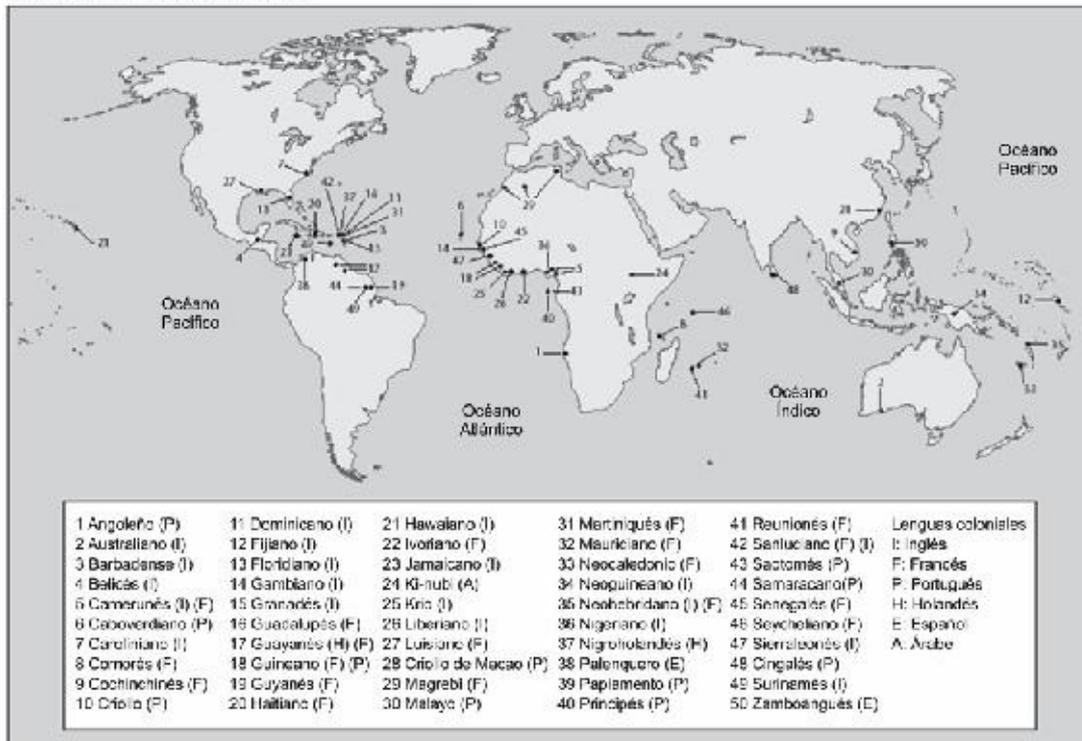
Las lenguas criollas se encuentran, principalmente, en América Central y América del Sur, en las costas de África y en zonas ribereñas del sudeste de Asia y de Oceanía.

También hay casos parecidos a los criollos, denominados *linguas francas*, que han surgido con finalidades comerciales y, en general, de contacto entre pueblos diferentes. La lengua suahelí, por ejemplo, es hablada como propia y primera por unos tres millones de personas, principalmente en Tanzania; pero se calcula que en África oriental la pueden usar, como *lingua franca*, entre treinta y cincuenta millones. En la época medieval, parece comprobado que,

en el Mediterráneo, los marineros y los comerciantes usaban también una *lingua franca* formada con elementos del catalán, el italiano (genovés) y el árabe.

La distribución mundial de las lenguas criollas se corresponde fielmente con la distribución de los territorios colonizados durante los últimos 500 años por los europeos, fundamentalmente, y también con el comercio de esclavos que se desarrolló entre el África occidental y el Caribe. En las costas del África oriental se da también algún caso de lengua criolla con base léxica árabe.

Distribución de las lenguas criollas



## **Capítulo III**

# **UNA UNIDAD PROFUNDA**

A primera vista, el número y la variedad de las lenguas del mundo parecen agobiantes, y algún observador podría tener la sensación de que se encuentra ante sistemas expresivos divergentes hasta el infinito, con lenguas que solo serían equiparables a las ramas más bajas de los árboles genealógicos o allí donde se pudieran encontrar afinidades tipológicas claras. Pero parece comprobado por una práctica muy frecuente que un texto en chino puede ser traducido al inglés, y viceversa, y esto nos pone sobre la pista de la unidad profunda entre las diferentes lenguas.

Además, hay otro factor sorprendente: cualquier bebé, sea cual sea su origen geográfico y su adscripción étnica (y al margen de la condición lingüística de sus progenitores), puede aprender cualquiera de las lenguas del mundo, si la adquisición de una de estas se produce en las circunstancias naturales en las que se aprende la primera lengua. Esto es un argumento que corrobora el hecho, ya expresado en varias ocasiones, de que venimos al mundo con una disposición específica para convertirnos en hablantes; y cualquier lengua activará los mecanismos de adquisición, sin ninguna dificultad.

### **1. Los universales lingüísticos**

Los dos argumentos expuestos (que las lenguas se puedan traducir y la facilidad del aprendizaje) son elementos reveladores de que hay rasgos comunes entre las diferentes lenguas del mundo: un conjunto de propiedades compartidas que son conocidas con la expresión «universales lingüísticos».

Los universales lingüísticos, por lo tanto, son los elementos comunes entre las lenguas; las características que las hermanan y que marcan los límites de nuestra facultad comunicativa específica.

Por ejemplo, en todas las lenguas hay construcciones en las que «Alguien + hace + algo». Y cada lengua, respetando esta estructura básica, situará los elementos en un orden oracional determinado, establecerá (o no) concordancias, introducirá (o no) preposiciones. Los universales, pues, son perfectamente compatibles con la variedad que presentan las diferentes lenguas.

Como veremos a continuación, a partir de enunciados sintéticos comentados de forma breve, los universales afectan a –y condicionan– los diferentes niveles de estudio: foneticofonológico, morfológico, sintáctico y semántico.

En el ámbito foneticofonológico: «En todas las lenguas, el sonido es articulado y lleva asociados los significados». En las lenguas, no encontramos bramidos, ni estornudos, ni pitidos. En todos los casos la emisión del sonido pasa por articulaciones precisas con la intervención de unos órganos (la lengua, los labios) que establecen los contactos y las aproximaciones con las que se producen los sonidos. Y un segundo enunciado: «Todas las lenguas tienen sonidos vocálicos y sonidos consonánticos». No hay ninguna lengua que solo tenga o bien vocales, o bien consonantes. Además, el número de vocales siempre es inferior al de consonantes. A partir de aquí, habría una tendencia general (no universal) que situaría el número de vocales entre tres y doce; y el de consonantes entre doce y veinticinco, para la mayoría de las lenguas.

Observemos las seis lenguas siguientes, todas de familias diferentes:

Lengua	Vocales	Consonantes
Árabe	3	25
Búlgaro	6	21
Finés	8	17
Turco	8	20
Yoruba	7	17
Japonés	5	13

Analicemos ahora los niveles morfológico y sintáctico. «Todas las lenguas tienen pronombres personales». Al menos, dos: el de primera persona, que señala quién habla, y otro. El caso más común en las lenguas es la estructura con tres pronombres, generalmente diferenciados en cuanto al número (singular y plural).

También «todas las lenguas tienen dísticos». Es decir, marcadores que denotan segmentos de tiempo (ayer, hoy, mañana) y localizaciones en el espacio (aquí, allá). Estos marcadores parece que son demasiado generales, pero revelan hasta qué punto las lenguas tienen textura situacional: mañana y aquí, en la expresión «Mañana nos encontraremos aquí», son plenamente informativos cuando los emitimos un día determinado y en un lugar preciso.

«Todas las lenguas tienen nombres y verbos». Este universal reconoce que en todas las lenguas hay elementos para hablar de las cosas y las personas, así como de las acciones y acontecimientos. Son –como decía Edward Sapir, uno de los genios indiscutibles de la lingüística del siglo xx– «la moneda natural de la comunicación». Justo es decir, sin embargo, que las lenguas presentan modelos nominales y verbales diferentes: en castellano, los nombres tienen variación de número (y algunos, también de género); en inglés no hay variación de género; en suahelí los nombres tienen siempre prefijos que indican el número y, además, la clase semántica a la que pertenecen; en chino, los nombres son completamente invariables. En cuanto a los modelos verbales, hay lenguas, como las románicas, con una gran variedad de formas; en cambio, el verbo inglés tiene una morfología más limitada (que compensa con marcas modales y adverbiales).

«Todas las lenguas tienen construcciones de núcleo + complemento». Una vez establecida la existencia de nombres comunes de tipo general (silla, persona, árbol, etc.), las lenguas tienen a su disposición los mecanismos para indicar con precisión a qué objeto nos referimos: esta silla, la silla azul, la silla de madera, etc. Es indiferente, en cambio, si los complementos se sitúan delante o detrás del nombre.

«Todas las lenguas tienen caso». Son típicas de todas las lenguas las estructuras oracionales en las que un verbo tiene a su alrededor más de un nombre: por ejemplo, N V N N (Antonio ha regalado un pastel a su sobrino), o N V N (María lee una novela). Si estos nombres no poseyeran una marca funcional que identificara el papel que cumplen dentro de la frase, la confusión sería absoluta. Imaginemos una lista de nombres como esta, alrededor del verbo hablar: «Antonio», «María», «el perro» y el verbo «hablar». A partir de esta lista, no sabemos si «Antonio habla a María del perro» o si «María habla a Antonio del perro». Incluso podrían ser viables secuencias como esta: «Antonio habla de María al perro». El caso es un marcador necesario, y se puede expresar o bien con el orden fijo de los elementos (catalán, inglés), o bien con preposiciones (castellano), o bien con marcas afixales (latín).

Otras afirmaciones válidas son estas: «Todas las lenguas tienen oraciones aseverativas y oraciones interrogativas», «Todas las lenguas tienen construcciones afirmativas y construcciones negativas» o «Todas las lenguas tienen marcas temporales».

En cuanto al nivel semántico (o del significado), veamos las afirmaciones siguientes: «Todas las lenguas tienen nombres comunes y nombres propios». Esta distinción universal responde a la necesidad de constituir clases o grupos de entidades, que son señaladas mediante los nombres de tipo general (comunes: por ejemplo, ciudad), y también a la necesidad de marcar de manera individualizada a personas y cosas con nombres específicos (propios: por ejemplo, Girona).

«Todas las lenguas tienen palabras de referente concreto y palabras de referente abstracto». Es falso que las lenguas que algunos denominan «primitivas» tengan limitado su repertorio verbal a la designación de las realidades concretas y materiales. En todas las lenguas hay palabras para las ideas generales (bondad, maldad) y para las ideas colectivas (familia, rebaño, bosque) que no se identifican con un objeto concreto y palpable.

«Todas las lenguas tienen construcciones predicativas». Esto significa que, enunciada una realidad, se dan las estructuras necesarias para precisar cómo es, qué le pasa, cómo se encuentra, etc. Los elementos de este complejo predicativo son denominados tema y tesis (por ejemplo, «El museo + cierra el lunes»).

Otras posibilidades son estas: «Todas las lenguas tienen palabras polisémicas», «Todas las lenguas tienen cuasisinónimos», «Todas las lenguas

tienen términos de parentesco» o «Todas las lenguas tienen términos de color».

La conclusión que se puede extraer de esta lista de universales (que no es exhaustiva) es que, a pesar de las diferencias evidentes entre las lenguas, todas tienen un conjunto de rasgos en común (los universales lingüísticos). Así, cuando alguien empieza la tarea de aprender una lengua nueva, nunca ha de partir desde cero.

De alguna manera, ya sabe muchas de las estructuras que encontrará en ella. La síntesis entre la identidad y la diversidad de las lenguas fue realizada de manera magistral por el filósofo medieval Roger Bacon con estas palabras: «*Grammatica una est et eadem, secundum substantiam, in omnibus linguis; licet accidentaliter varietur*». Es decir, «la gramática solo es una sola, y es la misma, en todas las lenguas en cuanto a lo esencial; aunque pueda presentar diferencias accidentales».

## Capítulo IV

# EL FUTURO

### 1.La muerte de las lenguas

Páginas atrás hemos hecho unos cálculos elementales sobre el panorama lingüístico del mundo. Estos cálculos nos daban una media de 1.200.000 hablantes por lengua; y otra media nos decía que a cada estado le correspondían 25 lenguas. Pero la realidad, como hemos visto, es muy diferente: hay lenguas con muchos millones de hablantes y otras con unas pocas docenas; estados con centenares de lenguas y otros con menos de diez. También hicimos una división dramática: si a cada estado le tuviera que corresponder solo una lengua, en el mundo deberían desaparecer cuatro mil ochocientas.

La desaparición o muerte de una lengua no es un hecho natural, ni mucho menos el fruto de una situación amable. Por norma general, una lengua muere porque es sustituida por otra lengua, en un proceso de dominación militar, política, administrativa y cultural en la que los hablantes autóctonos se ven arrinconados y su lengua queda excluida de los ámbitos de prestigio. En esta situación, los hablantes se ven obligados a abandonarla (a no transmitirla a la descendencia) porque la otra lengua, la sobrevenida, se constituye en lengua de prestigio y de futuro.

En esta circunstancia, la nueva lengua ocupará los espacios dominantes: las relaciones con la administración, el ámbito laboral, la enseñanza, los grandes medios de comunicación, la literatura, el cine, el teatro y todas las otras manifestaciones culturales prestigiosas. A la lengua autóctona, por lo tanto, le será negada la presencia en estos espacios y, como concesión, no tendrá otro remedio que recluirse en el ámbito local: publicaciones de circulación restringida, folclore y poca cosa más.

También sabemos que son muy pocas las lenguas con centenares de millones de hablantes: la inmensa mayoría oscila entre los diez mil y los cien mil. Esto significa que el estado más frecuente de nuestra condición

lingüística es la diversidad, que los grupos humanos nos hemos hecho plurales de manera natural. De hecho, los humanos modernos (*Homo sapiens*) aparecieron por primera vez en África hace unos ciento cincuenta mil años y se fueron extendiendo por todo el planeta hasta llegar a los rincones más ocultos.

Por lo tanto, es natural que cada grupo se adaptara a las condiciones especiales de cada entorno y desarrollara lenguas diferentes y culturas diversas: mitos y leyendas, arte y artesanía, bailes y canciones, maneras de comer y de vestir, modos de entender la vida. Todo esto, hoy en día, supone que la humanidad sea todavía muy rica y diversa; y todo este bagaje hay que verlo en paralelo con la variedad lingüística. Pero parece evidente que corremos el riesgo de perder buena parte de esta riqueza si triunfan algunas tendencias unificadoras.

En cuanto a la muerte de una lengua, su desaparición, además de ser una disminución de la riqueza de la diversidad, representaría borrar una manera de ver e interpretar el mundo. Cada lengua certifica en su léxico las condiciones de su entorno (lo hemos considerado con unas notas sobre la cultura indoeuropea): por ello unas lenguas tienen un vocabulario muy rico sobre las viñas y el vino (las románicas), otras sobre los agujeros o madrigueras de los animales (algunas australianas) o sobre los diferentes estados de la nieve (los esquimales), o sobre las plantas beneficiosas bien separadas de las venenosas.

Y por encima de todo, la muerte de una lengua supone un atentado muy grave para los hablantes y para las comunidades que viven, de manera espontánea, en una lengua, porque ven cómo su mundo se hunde y su manera natural y pacífica de expresión va perdiendo utilidad, barrida por otra que es elevada a los dominios del prestigio. Por ello, cada vez más, se está poniendo encima de la mesa la necesidad de preservar la riqueza lingüística del mundo.

## **2. La recuperación**

Según cálculos hechos por especialistas en el estudio de la diversidad lingüística, en el siglo XXI pueden desaparecer la mitad de las lenguas. Algunos incluso van más lejos y hablan de la muerte de un noventa por ciento. Y advierten, haciendo un paralelismo aclaratorio, que esto representaría una catástrofe si se tratara de la extinción masiva de especies animales y vegetales. En el caso de las especies, se levantan voces conservacionistas y todo el mundo considera que se debe mantener la diversidad como garantía de la supervivencia humana.

En cuanto a las lenguas, el paralelismo todavía es más penetrante porque, como ya hemos visto, supondría una reducción de la diversidad cultural humana en beneficio de una unificación que destruiría la riqueza de las identidades individuales y de grupo. Si en el mundo se llegaran a hablar unas pocas lenguas dominantes, esto significaría que muchos centenares de millones de personas tendrían que renunciar a su manera espontánea de relación: a las lenguas heredadas de la generación de los padres.

Y cabe destacar que los padres hablan con los hijos en una lengua no porque tenga muchos o pocos hablantes, sino porque es la lengua que, a su vez, han heredado de manera natural de la generación anterior. La conservación de este patrimonio de la humanidad pasa por una serie de condiciones que ahora enumeraremos.

En primer lugar, habrá que mantener el orgullo por la lengua propia y habrá que apostar por su viabilidad, porque cualquier lengua es apta para asumir todas las funciones: desde las más altas y prestigiosas hasta las más cotidianas y familiares. Por lo tanto, es necesario acabar con el prejuicio de que hay lenguas para la ciencia, la economía, la alta política y otras que son insignificantes, las lenguas de la intimidad y de la familiaridad.

En segundo lugar, todas las lenguas deben tener una presencia fuerte en los medios de comunicación, en el mundo laboral y en todas las manifestaciones de la cultura. En este apartado, es imprescindible que la lengua en situación menos favorecida ocupe el espacio de la enseñanza; y no tan solo como lengua que se enseña, sino como lengua en la que se enseña. Es evidente que buena parte del prestigio de una lengua está vinculado a la institución escolar y, más allá, al ámbito de los estudios superiores. Además, la adaptación de una lengua para el discurso científico y tecnológico no pide un cambio de las estructuras fonológica y sintáctica; lo que pide es la creación del léxico especializado correspondiente.

En tercer lugar, es necesario que haya instituciones que velen por la conservación, la potenciación y la difusión de las lenguas (si es posible con la buena connivencia o colaboración de los poderes del estado). En este sentido, será imprescindible que cada lengua pueda generar variedades estándares de prestigio bastante flexibles, que tengan en cuenta especialmente los medios de comunicación. También será necesario que los expertos elaboren gramáticas y diccionarios, obras de divulgación y materiales para la enseñanza.

En un mundo cada vez más pequeño e intercomunicado, debería ser posible mantener una tensión lingüística difícil, pero quizá no imposible: potenciar cada lengua en su territorio histórico y ofrecer a la población la

posibilidad de conocer otras lenguas. Con esta dualidad quedaría garantizada la pervivencia de todas las lenguas y, además, las personas que así lo quisieran o lo necesitaran podrían adquirir otras nuevas, sin que se produjera ninguna sustitución. El peligro, sin embargo, no proviene de la adquisición de nuevas lenguas. El problema se plantea en las situaciones de bilingüismo forzado en las que la lengua autóctona se ve obligada a coexistir, en condiciones de inferioridad, con una lengua potente, avalada por el poder estatal.

En un terreno ideal, y teniendo en cuenta las condiciones actuales que implican movimientos generalizados de la población y posibilidades crecientes de desplazamiento de personas, habría que abrir la puerta a la adquisición libre de lenguas; de modo que el dilema que plantea el bilingüismo forzado quede superado por unas condiciones que permitan el poliglotismo de aquella parte de la población que necesite hacer frente a los retos de un mundo diferente, sin tener que renunciar a la plenitud de la propia lengua.

## Bibliografía

- Comrie, Bernard (1987). *The World's Major Languages*. Londres: Routledge.
- Comrie, Bernard y otros (1997). *The Atlas of Languages*. Londres: Quarto Publ.
- Crystal, David (2001). *La muerte de las lenguas*. Madrid: Cambridge University Press.
- Junyent, Carme (1992). *Vida i mort de les llengües*. Barcelona: Empúries.
- Junyent, Carme (1999). *La diversitat lingüística*. Barcelona: Gela-Octaedro.
- Moreno, Juan C. (1990). *Lenguas del mundo*. Madrid: Visor.
- Moreno, Juan C. (2005). *El universo de las lenguas*. Madrid: Castalia.
- Renfrew, Colin (1993). «Orígenes de las lenguas indoeuropeas». En: *Investigación y Ciencia: Orígenes del hombre moderno*. Barcelona: Prensa Científica.
- Tuson, Jesús (1999). *Introducció al llenguatge*. Barcelona: Proa-Editorial UOC.
- Tuson, Jesús (2004). *Patrimoni natural: elogi i defensa de la diversitat lingüística*. Barcelona: Empúries.
- Villar, Francisco (1991). *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid: Gredos.